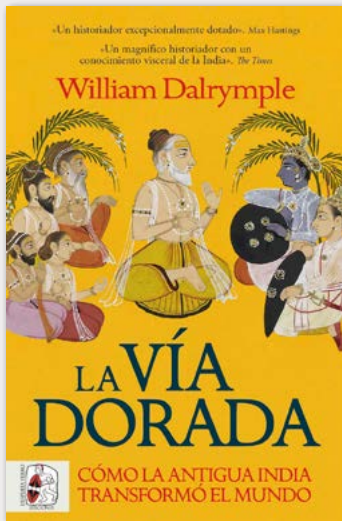


DESPERTA FERRO EDICIONES

La India, corazón olvidado del mundo antiguo

El multipremiado historiador William Dalrymple pone patas arriba nuestra visión del mundo antiguo al situar a la India como eje vertebrador de la conectividad entre Oriente y Occidente, y corazón de la «Indosfera», un vasto imperio de las ideas y del espíritu que se extendía del Pacífico al mar Rojo cuyo poder no manaba de las armas, sino de la riqueza de su comercio y de su formidable préstamo de conocimientos (filosofía, ciencia, religión, tecnología), un precedente del *soft power* contemporáneo que transformaría para siempre el mundo conocido. A la ruta de la seda le ha salido competencia: la vía dorada.



La vía dorada. Cómo la antigua India transformó el mundo
978-84-129810-5-6
416 páginas + 48 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 27,95 €

«Gentes de dispares procedencias y diversas costumbres generalmente designan la India como la tierra que más admiran». Xuanzang, monje budista, estudioso y viajero chino, siglo VII d. C. Desde el establecimiento de los sultanatos musulmanes en la Baja Edad Media a la instauración del Raj británico, la India se vio impregnada de poderosas influencias culturales foráneas que transformaron religiosa, cultural y lingüísticamente el país y a sus gentes. Sin embargo, durante el milenio y medio anterior, las religiones, la tecnología, la astronomía, la música, la danza, la literatura, el arte, las matemáticas, la medicina y la filosofía del subcontinente se abrieron camino desde el océano Pacífico hasta el mar Rojo y más allá, un vasto caudal de ideas y conocimientos que tenía como origen la India, el corazón olvidado del mundo antiguo. El celebrado y multipremiado historiador William Dalrymple vuelca en este libro su extensa erudición y su incondicional amor por la India para reivindicar su relevancia, hasta ahora soslayada, como eje fundamental de la conectividad entre Oriente y Occidente, situada en el centro de una formidable red de comunicaciones marítimas y fluviales que unía lugares tan distantes como China o el Mediterráneo, una «vía dorada» por la que circulaba algo mucho más valioso que mercancías. Desde la majestuosidad de Angkor Wat, el templo hindú más grande del mundo, hasta la indeleble huella del budismo en toda Asia oriental, del dinámico comercio que enriqueció al mundo helenístico y romano también con sus saberes en astronomía, ciencia o matemáticas, a la implantación del sánscrito como lengua franca de Afganistán a Singapur, la India transformó la cultura y la tecnología del mundo antiguo. Y esto es tanto como decir que también ha modificado el mundo actual, que no sería tal y como lo conocemos sin la vía dorada.

Libro del año para *Waterstones*, *The Times*, *Spectator*, *History Today* y *FICCI Publishing Awards*



William Dalrymple es un reconocido historiador y escritor escocés, miembro de la Royal Society of Literature y de la Royal Asiatic Society y autor de obras tan relevantes como *El último mogol*, *El retorno de un rey* o *La anarquía*. Sus libros han recibido numerosos premios y galardones, entre ellos el Duff Cooper Memorial Prize, el Thomas Cook Travel Book Award, el Sunday Times Young como escritor británico del año, el Hemingway, el Kapuściński y los Premios Wolfson. Ha sido cuatro veces candidato, y una preseleccionado, para el Premio Samuel Johnson de no ficción. Asimismo colabora, entre otros medios, con *The New Yorker*, *The Guardian*, *TLS*, *New York Review of Books*, *El País* y *New Statesman*.

En librerías el miércoles 1 de octubre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA





SE HA DICHO DEL LIBRO

«Un historiador excepcionalmente dotado».

Max Hastings

«Un magnífico historiador con un conocimiento visceral de la India».

The Times

«La vía dorada es una historia absolutamente literaria, un cuento de cuentos y, según Dalrymple, fue sobre todo a través de la difusión de historias –incluidas ideas y doctrinas en forma de narración– como la antigua India «transformó el mundo».

Financial Times

«Esta encantadora obra de historia antigua ofrece un importante telón de fondo para comprender la India contemporánea [...] Dalrymple encuentra otra India en el pasado: abierta al comercio, tolerante, científica, creativa y universalista».

Foreign Affairs

«La vía dorada es, pues, una narración polifacética y atractiva que, como el comercio indio, nos lleva en muchas direcciones, salpicada de historias vivas y personas carismáticas. Le hará ver el mundo de otra manera».

The Independent

«William Dalrymple ha hecho un esfuerzo heroico, presentando un libro bellamente escrito, repleto de personajes pintorescos, anécdotas fascinantes, hechos poco conocidos y acontecimientos dramáticos, todo ello contando una historia hasta ahora no contada».

The Times Literary Supplement

«Dalrymple es un narrador nato, con una maravillosa facilidad para exponer acontecimientos complejos con brío y claridad. Como cualquier síntesis de éxito, su texto se nutre de vastas lecturas, así como de un agudo ojo para los detalles reveladores. Pero es también una obra profundamente personal».

The Guardian

DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

La influencia cultural e intelectual de la India

La India fue un centro cultural e intelectual crucial en Asia, influyendo en religiones, artes y culturas a lo largo de la historia, especialmente entre el final de la Antigüedad y el inicio de la Alta Edad Media. Este periodo vio a la India como un faro de conocimiento y espiritualidad, atrayendo a intelectuales como Xuanzang al prestigioso centro académico de Nalanda, modelo de las futuras universidades europeas. La fragmentación política de la India no impidió que se reconociera su unidad cultural y geográfica a lo largo de los siglos.

La Ruta de la Seda y el comercio marítimo

Contrario a la percepción común de que la India era un mero observador en el comercio entre China y Europa a través de una ruta de la seda cuya temprana existencia es cuestionada, su posición geográfica y las rutas marítimas facilitadas por los monzones permitieron un intercambio comercial vibrante. Las rutas marítimas conectaban la India con regiones tan lejanas como el Mediterráneo, influenciando el comercio y la economía a través de siglos, hasta que las invasiones mongolas interrumpieron estas conexiones tradicionales en el siglo XIII.

El budismo en la expansión cultural

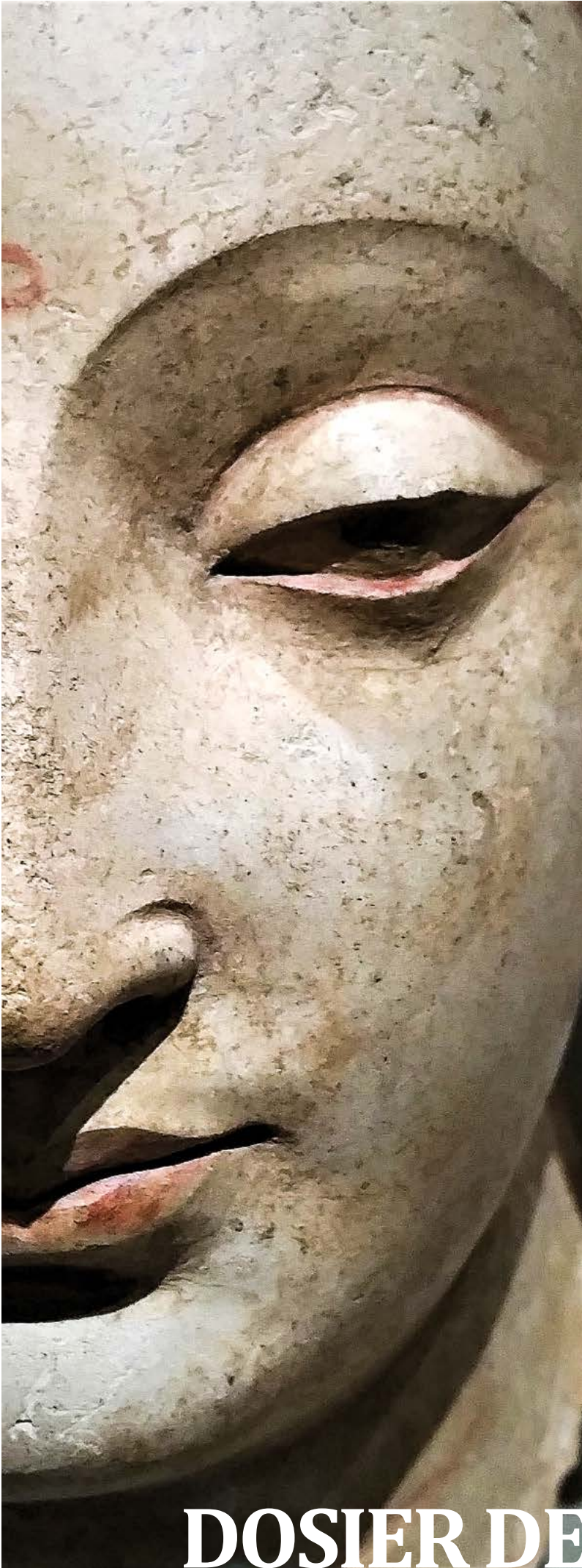
El budismo se expandió con éxito gracias a mercaderes y misioneros budistas, quienes llevaron las enseñanzas de Buda más allá de la India. Este fenómeno se consolidó bajo el reinado de Ashoka, quien promovió el budismo a través de la construcción de estupas y el establecimiento de rutas de comunicación para mejorar la diseminación de su fe.

La interconexión de culturas a través de la indosfera

La obra destaca la idea de la "indosfera", un término que describe la vasta red cultural que se extiende desde la India hasta el sudeste asiático y más allá, y su conectividad con Occidente. Esta red cultural no solo abarca el budismo, sino también influencias en la arquitectura, la religión y las tradiciones artísticas que han perdurado a lo largo del tiempo en diversas culturas, desde Sri Lanka hasta Japón.

La percepción histórica de la India

A lo largo de la historia, la narrativa sobre la India ha sido a menudo distorsionada, minimizando su papel activo en el comercio y la cultura global. La obra de Dalrymple desafía estas percepciones y pone de manifiesto la rica herencia cultural y el impacto duradero de la India en las civilizaciones vecinas, resaltando que la verdadera historia está llena de conexiones y contribuciones significativas que han moldeado el mundo.



¿QUÉ HAN HECHO LOS INDIOS POR NOSOTROS?

LAS MATEMÁTICAS

En el siglo VI, los matemáticos indios habían creado los símbolos numéricos que conocemos hoy en día (erróneamente llamados números arábigos), así como el sistema decimal, el cero, el álgebra, los algoritmos y la trigonometría.

LA CIENCIA

Los astrónomos indios fueron los primeros en descubrir que la Tierra era esférica y giraba sobre su propio eje, y calcularon correctamente, con una precisión de siete decimales, la duración de un año.

EL COMERCIO

Los aranceles aduaneros sobre el comercio entre la India y Roma a través del mar Rojo generaban un tercio de los ingresos necesarios para financiar y administrar el Imperio romano.

LA RELIGIÓN

El templo hindú más grande del mundo, en Angkor Wat, se puede ver desde el espacio y el área dentro de su foso es cuatro veces más grande que la Ciudad del Vaticano.

LA CULTURA

Desde el budismo de China, Corea y Japón, hasta los topónimos de Birmania y Tailandia, pasando por los murales y esculturas de Laos, Camboya o Afganistán, y los templos hindúes de Bali, podemos ver la influencia directa de la India en buena parte de Asia.

UN INTERCAMBIO UNIDIRECCIONAL

por Ferdinand Mount

London Review of Books



Templo de la Orilla de Mamallapuram (Mahabalipuram), dinastía Pallava, siglo VIII d. C. © RameshM vía Wikimedia Commons.

El sol aún brilla sobre el mar zafiro de Mamallapuram. Los compradores y turistas siguen paseando por el puerto, contemplando boquiabiertos las impresionantes esculturas talladas en las rocas: dioses y diosas, con el pecho desnudo y sonrientes; leones, búfalos de agua, cobras y, por supuesto, elefantes. No ha cambiado mucho desde que el poeta Dandin, el más grande narrador sánscrito del siglo VII, paseaba por el paseo marítimo «con los ojos muy abiertos por el asombro». Nada, excepto que ya no hay barcos fondeados.

En el apogeo de la dinastía Pallava, entre los años 600 y 900 d. C., Mamallapuram era probablemente el mayor puerto marítimo de la India. Impulsados por los vientos monzónicos, grandes barcos de treinta metros de eslora y trescientas toneladas de arqueo transportaban textiles indios, espadas de acero y budas de bronce a los rincones más lejanos del sudeste asiático –Malasia, Tailandia, Vietnam, Camboya– y traían de vuelta con el monzón del noreste pimienta, especias, alcanfor, resina y, sobre todo, oro de las minas recién descubiertas de Sumatra y Sarawak. Transportaban consigo a cientos de pasajeros que exportaban todas las variedades del budismo y el hinduismo, su lengua sánscrita y su arte y arquitectura. En los puertos del delta del Mekong, las estatuas y los templos se asoman al agua, como en Mamallapuram. En Angkor Wat y Borobudur, en las tierras altas orientales de Java, los comerciantes y potentados locales construyeron templos budistas al estilo indio, solo que diez veces más grandes. Al igual que los templos griegos más importantes que se conservan se encuentran principalmente en sus colonias al otro lado del mar, en Paestum, Segesta y

Agrigento, los monumentos más imponentes de la civilización india se encuentran en los confines más orientales del sudeste asiático.

Pero los mares occidentales que rodean la India también estaban prestos, y lo habían estado durante siglos. La riqueza de la India había sido una leyenda en el Mediterráneo desde el siglo IV a. C., acentuada por las incursiones de Alejandro Magno. La India, y no China, era el mayor socio comercial de Roma. Al fin y al cabo, el mar era el medio de transporte más rápido y económico del mundo premoderno. Como señala William Dalrymple en *La vía dorada*, los barcos podían transportar cargas mucho más grandes que los camellos y navegar sorteando guerras, bloqueos y emboscadas.

La odisea del propio Dalrymple está igualmente repleta de páginas con ilustraciones asombrosas y anécdotas fascinantes, pero su destino siempre es claro y su argumento convincente. Identifica las rutas marítimas, en lugar de las terrestres, como la «vía dorada» que creó la riqueza del mundo antiguo, y sitúa a la India, en lugar de a China, en el centro de la historia. Una demolición pacífica de los cimientos de lo que hemos creído saber hasta ahora sobre la célebre Ruta de la Seda, que sigue protagonizando docenas de libros y copa una estantería entera de la sección topográfica de la London Library. Evidentemente, la ruta de la seda es una idea que sigue teniendo fuerza, pero después de Dalrymple, parece estar indudablemente en declive.

Este concepto fue promovido enérgicamente por primera vez en 1877 por el geógrafo prusiano barón von Richthofen, pariente del más famoso Barón Rojo, cuyo

«Circo Volador» dominó los combates aéreos de la Gran Guerra. A Richthofen sénior se le había encomendado la tarea de idear una ruta que uniera Berlín con Pekín, con el fin de establecer colonias alemanas en Oriente y mercados para la industria alemana. Así pues, desde el principio, la idea de Richthofen sobre la ruta de la seda, o *Seidenstrasse*, tenía un motivo oculto (a diferencia de la primera aparición inocente del término cuarenta años antes en *Die Erdkunde*, de otro geógrafo alemán, Carl Ritter). Hoy, desde el otro extremo de la supuesta ruta, nos llega la promoción de la Iniciativa de la Franja y de la Ruta de la Seda china, acompañada de un mapa en el sitio web de la Unesco que muestra un paso terrestre directo, que se dice que fue iniciado por el enviado chino Zhang Qian, quien murió en el año 114 a. C. y que ahora es un héroe nacional oficial de China.

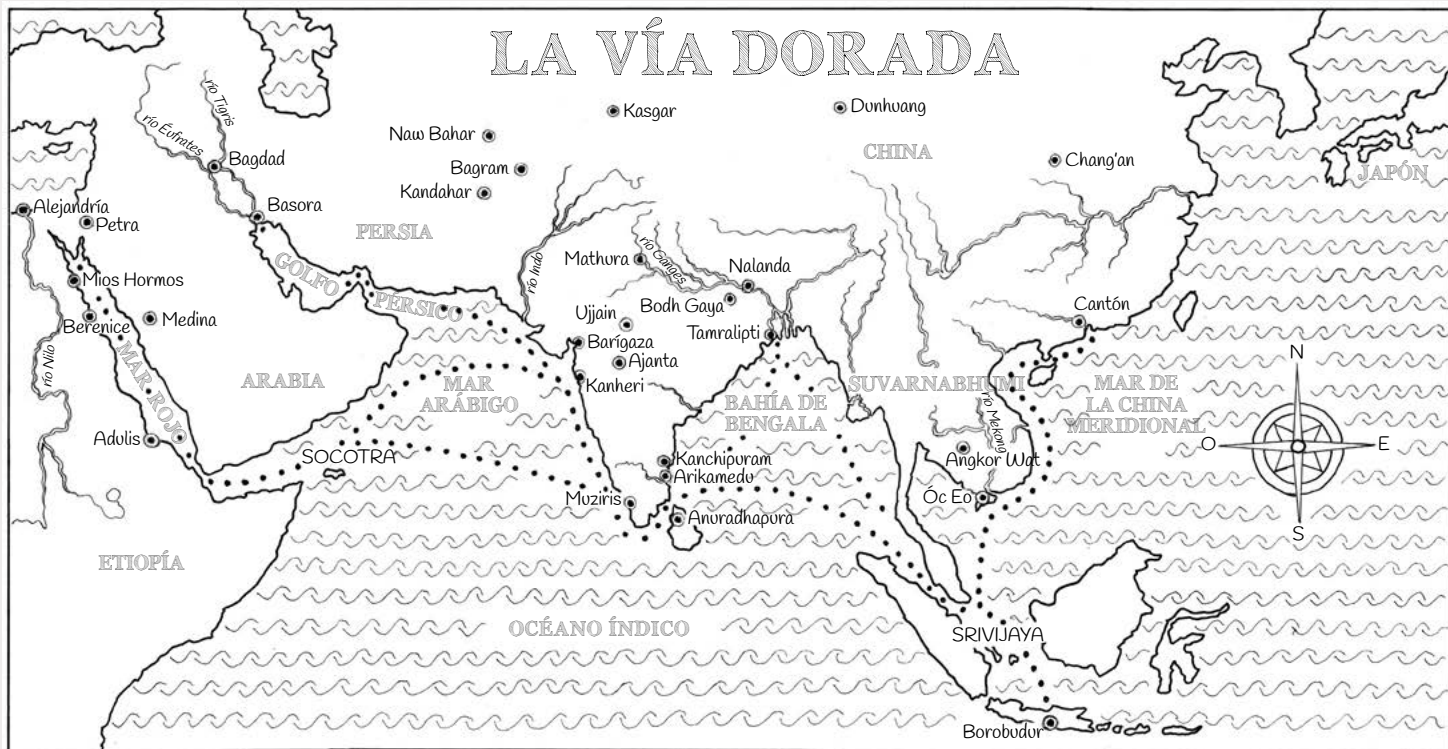
Dalrymple no está de acuerdo con nada de esto. La *Seidenstrasse* de la imaginación de Richthofen apenas existía en la antigüedad. Apenas hubo comercio directo entre China y Occidente hasta que los mongoles derribaron las barreras en el siglo XIII, lo que hizo posible el viaje de Marco Polo, quien nunca mencionó este término. En cuanto a la seda, sí, era el producto de exportación más famoso de China (aunque el papel y la pólvora han tenido mucha más influencia en la historia mundial), pero normalmente llegaba a Roma de forma indirecta, principalmente por barco, a través de la India, donde se fabricaba gran parte de ella. Su valor era insignificante en comparación con las toneladas de pimienta, especias, marfil, algodón, teca, sándalo, ruibarbo y piedras preciosas de la India (hasta el siglo XVII, la India tenía la única mina de diamantes del mundo, en Golconda, a las afueras de Hyderabad). Cuando Alarico el visigodo capturó Roma en el año 408 d. C., exigió, además de oro, no seda, sino 3000 libras de pimienta negra.

Aunque la mayor parte del comercio entre Oriente y Occidente nunca se acercó a la supuesta ruta de la *Seidenstrasse*, su volumen seguía siendo enorme. Los cálculos basados en uno de esos valiosos fragmentos de papiro encontrados en el vertedero de Oxirrinco sugieren que los impuestos aduaneros sobre el comercio con la India podrían haber generado un tercio de los ingresos totales del erario romano. Los comentaristas romanos estaban desesperados por la fuga de oro hacia la India. Plinio el Viejo llamó a la India «el sumidero de los metales más preciosos del mundo», lo contrario de la queja bajo el Raj de que Gran Bretaña estaba drenando la riqueza de la India. Plinio también detestaba el sabor de la pimienta. Tácito se quejaba de que «por la vestimenta promiscua y por las joyas, nuestra riqueza se transporta a países extranjeros y hostiles». En términos económicos, la seda puede que no fuera gran cosa, pero su textura sensual y transparente indignaba a los carcamales como Séneca.

Cuando Roma tomó el control de Egipto, el comercio realmente despegó. Estrabón calculó que ahora seis veces más barcos partían hacia la India cada año. Los suicidios de Antonio y Cleopatra se tradujeron en prosperidad para los puertos marítimos de Tamil Nadu, entre los que destaca Mamallapuram. Pero la *Seidenstrasse* de Richthofen realmente parece ser el camino menos transitado, e incluso durante la mayor parte del primer milenio d. C., el camino no se tomó en absoluto. Menos moderado que Dalrymple, Warwick Ball, en *Rome in the East* (1999), la descarta como un «mito» académico. Ball es un distinguido arqueólogo que ha pasado cincuenta años excavando en las regiones de Asia occidental que habrían sido una parte clave de la Ruta de la Seda. Para comprender toda la fuerza de la crítica de Ball, debemos citarlo con cierto detalle:

La existencia de la «Ruta de la Seda» no se basa en ninguna prueba histórica o material. Nunca existió tal «ruta», ni siquiera en sentido organizativo, no hubo libre circulación de mercancías entre China y Occidente hasta el Imperio mongol en la Edad Media, la seda no era en absoluto el principal producto comercial con Oriente y no hay ni un solo registro histórico antiguo, ni chino ni clásico, que insinúe siquiera la existencia de tal ruta. La llegada de la seda a Occidente fue más el resultado de una serie de accidentes que de un comercio organizado. El monopolio y el proteccionismo chinos de la sericultura son en gran medida un mito. A pesar de que la tecnología existente en la antigua China era muy superior a la de Occidente, la mayor parte de ella no llegó a Occidente hasta la Edad Media (normalmente a través de los mongoles), cuando gran parte de ella ya tenía mil años de antigüedad. Tanto la antigua Roma como China tenían solo una vaga idea de la existencia de la otra y aún menos interés, y la escasa relación que existía entre Oriente y Occidente en el sentido más amplio era normalmente unilateral, con el estímulo procedente principalmente de los chinos. El mayor valor de la Ruta de la Seda para la historia es que nos enseña una lección, y muy importante, sobre la rapidez y la profundidad con que un mito puede consagrarse como un hecho académico incuestionable.

Es un logro valioso apartar la Ruta de la Seda a un apartadero permanente, pero el libro de Dalrymple tiene resonancias más profundas y aún más provocadoras, que desafían indirectamente la forma en que se suele escribir la historia. En primer lugar, este largo lapso de tiempo –el libro comienza en el siglo V a. C. y termina en el siglo



XIII d. C. – es en su mayor parte una saga sin soldados. Los historiadores indios poscoloniales han señalado que no hay pruebas que demuestren ninguna actividad militar india a gran escala en el sudeste asiático antes de las incursiones de los chola en el siglo XI. La influencia india se extendió gracias a comerciantes y marinos, pero también a monjes. Los monasterios budistas del norte de la India y Afganistán se convirtieron en ricos centros de actividad económica, al igual que los monasterios medievales en Europa, que prestaban dinero a interés y enviaban misioneros a todas partes. El mensaje budista fue llevado hacia el norte por monjes aventureros y finalmente llegó a China, donde cautivó a la voluble exconcubina, la emperatriz Wu, que proclamó el budismo religión oficial del Estado. La conversión religiosa y la expansión económica fueron de la mano. Se calcula que la Gran Angkor tenía una población de alrededor de un millón de habitantes en una época en la que Londres apenas alcanzaba los 20 000. Los jefes y reyes tomaban los nombres de dioses hindúes. Los brahmanes trajeron consigo no solo sus creencias y sus epopeyas, sino también el arte de la escritura, hasta entonces desconocido. Las inscripciones en sánscrito, al igual que las monedas romanas, aparecen en los confines de la influencia india. Sin embargo, todo cambió sutilmente debido a las culturas locales predominantes. Cuando Rabindranath Tagore visitó el sudeste asiático en 1927, escribió: «Por todas partes veía la India, pero no la reconocía».

En estas empresas, el comercio no seguía una bandera, porque normalmente no había bandera que seguir. No se trataba de colonias conquistadas ni de satrapías serviles. Eran zonas de influencia pacífica, expandidas por

comerciantes y monjes, y no por la fuerza de las armas. Estrabón registra, con cierto desdén, que los comerciantes que habían viajado desde Roma a Egipto y a través de la India hasta el Ganges eran «simplemente ciudadanos particulares» y no servían para describir los lugares que habían visto.

Dalrymple denomina todo esto la «Indosfera», atribuyendo el término a Simon Sebag Montefiore (en otros lugares se atribuye al profesor James Matisoff, un célebre creador de neologismos). Pero, independientemente de cómo queramos describirlo, el fenómeno se ha logrado, si no sin disparar un solo tiro, al menos sin el despliegue de grandes ejércitos ni de Estados nacionales organizados. Solo durante un breve periodo bajo el emperador Ashoka la India fue un estado unido, aparte del extremo sur. E incluso el legado de Ashoka fue más el de difundir las ideas del budismo que el de perpetuar la idea de nación. De todos modos, parece que siempre ha existido un sentimiento de identidad india. Estrabón relató que Alejandro Magno había hablado con hombres santos de la India que concebían su patria como una extensión «desde la desembocadura del Indo en el oeste hasta la desembocadura del Ganges en el este, desde la desembocadura del Ganges hasta el extremo sur de la India y desde allí, de nuevo, hasta la desembocadura del Indo».

Es la brutal irrupción de grandes ejércitos lo que finalmente desintegra y extingue la Indosfera. Las hordas mongolas cortan el comercio con el norte y el este; las invasiones turcas someten el norte de la India al dominio de los mogoles; en el oeste, la fuerza imparable del islam ya ha destrozado las rutas comerciales, que solo se recuperarán bajo los califas más civilizados. Si *La vía*

dorada tiene un defecto, es que no dedica suficiente tiempo al declive. El marchitamiento y la extinción del libre comercio por fuerza mayor es una de las canciones olvidadas de la historia. Dalrymple podría argumentar que ya ha cumplido su deber en ese frente, con sus historias de la India mogola y del triunfo definitivo de la Compañía de las Indias Orientales. Pero la historia aquí necesita completarse con un relato más completo de la forma en que el imperialismo europeo –portugueses, holandeses, franceses y británicos– impuso sus monopolios comerciales y construyó sus propios puertos en puntos estratégicos a lo largo de la costa india: los británicos en Bombay, Calcuta y Madrás, esta última a solo unos kilómetros al norte de la semidesierta Mamallapuram. Desde el principio hasta el final, la política comercial británica fue despiadadamente avariciosa. Como dijo Lord William Bentinck sobre las consecuencias de permitir la entrada de textiles de las fábricas británicas en la India: «La miseria no tiene parangón en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India».

Pero Dalrymple sí que hace justicia al último y mayor logro de la Indosfera: la difusión de gran parte de la cultura que reconocemos como distintivamente moderna. Las innovaciones van desde la invención del algoritmo hasta las delicias del Kama Sutra, todas ellas alcanzando su apogeo alrededor de los siglos VI y VII d. C. En matemáticas, el signo escrito para el cero y los números que llamamos árabes son solo los logros más notables. El gran matemático Aryabhata (476-550), en su obra maestra compuesta cuando solo tenía 23 años, abarca las raíces cuadradas y cúbicas, las propiedades de los círculos y los triángulos, el álgebra, las ecuaciones cuadráticas y los senos, y contiene una aproximación decente del valor de pi en 3,1416. Todo esto, escrito en unas pocas y concisas líneas de verso sánscrito, tardó siglos en ser traducido al árabe por los eruditos de Bagdad, y de ahí al latín por Fibonacci de Pisa y luego de nuevo al inglés por Michael Scot de Melrose (1175-1232) y Adelard de Bath (1080-1142). Esta nueva ciencia era tan ajena a los ignorantes de Occidente que Michael Scot fue recordado en el *Infierno* de Dante y en *La balada del último juglar* de Sir Walter Scott como un siniestro hechicero. El manuscrito en latín más antiguo que contiene lo que ahora debemos llamar números indo-árabes, el *Codex Vigilanus*, data del año 976 d. C. Su autor, Vigila, admitió con franqueza: «Debemos saber que los indios tienen un talento muy sutil y que todas las demás razas les ceden el paso en aritmética, geometría y otras artes liberales». Fibonacci, además de legarnos su secuencia, también importó los últimos métodos contables árabes, que aprendió de niño viajando con su padre comerciante por Argelia, y que se convirtieron en

la base de la contabilidad por partida doble y del comercio moderno. Una vez más, vemos en la tradición intelectual india la unión de la ciencia práctica y la teórica. Y la India también inventó el ajedrez, aunque nos llegó a través de Persia. Roque (torre) proviene de una palabra persa que significa «carroza» y «jaque mate» proviene de *Shah maat!* –«el rey está congelado»–.

No menos crucial en la formación de «Occidente» tal y como lo conocemos fue la evolución del sistema universitario desde los primeros monasterios budistas del norte de la India hasta las madrasas y, de ahí, a Oxford, Cambridge y la Sorbona. El linaje de esos recónditos patios con sus comunidades de entregados eruditos es evidente. No hay mejor ejemplo que la universidad de Nalanda, en Bihar, con sus interminables patios y templos y sus diez mil monjes y eruditos. Dalrymple describe con gran detalle la peregrinación de cinco mil kilómetros que realizó en el año 629 d. C. el monje budista chino Xuanzang para visitar este increíble lugar. Seguro que ningún estudiante extranjero de primer año ha tenido una experiencia universitaria tan alucinante. Este es quizás el ejemplo más brillante del tráfico que discurría predominantemente en una sola dirección, de China a la India. Era la India la que solía ser el destino y el centro neurálgico de la enseñanza.

Dalrymple es muy consciente de los peligros de exagerar la tesis de «la India primero» citando un *sketch* del programa *Goodness Gracious Me* del humorista Sanjeev Bhaskar: «¿Cristianismo? ¡Indio! ¿Leonardo da Vinci? ¡Indio! ¿La familia real? ¡India!». Pero no se puede dejar de leer *La vía dorada* sin tener una fuerte sensación de las cualidades peculiares y perdurables de la tradición india: su entusiasmo mercantil, su incansable búsqueda de la verdad última, su adhesión desde hace mucho tiempo a la no violencia y, en consecuencia, al vegetarianismo (el ideal del *ahimsa* se remonta al siglo VI a. C.). Tampoco podemos ignorar la persistencia de esas cualidades en las notables historias de éxito de la diáspora india actual: no solo los multimillonarios, políticos y novelistas –los Tata, Ambani y Mittal, los Sunak, Patel y Varadkar, los Naipaul, Rushdie y Desai–, sino también los expertos en tecnología de Silicon Valley, los innumerables médicos de cabecera y farmacéuticos, las tiendas de conveniencia que siempre están abiertas. Podemos olvidar tranquilamente la Ruta de la Seda, pero no podemos olvidar la India ni a los indios.

Traducción adaptada de la reseña de *La vía dorada* en London Review of Books. [Lee el original íntegro aquí.](#)

London Review
OF BOOKS

DOSIER DE PRENSA





ENTREVISTA AL AUTOR

«Escribí este libro a modo de resarcimiento», dijo el historiador y autor William Dalrymple ante un público embelesado al presentar su nuevo libro, *La vía dorada. Cómo la India antigua transformó el mundo*, en el Explorers Club de Nueva York, una extraordinaria recopilación de historias que relatan las contribuciones a menudo olvidadas, pero significativas, de la India al mundo antiguo.

En *La vía dorada*, Dalrymple lleva a sus lectores a un viaje de descubrimiento igualmente impresionante, en el que narra la difusión, por parte de comerciantes y monjes, de las ideas intelectuales, económicas, científicas y espirituales de la India que transformaron el mundo antiguo. Desentraña los hechos que se esconden tras el origen de las matemáticas, la difusión del budismo y el mayor imperio hindú (que no se encuentra en la India, como cabría esperar). Como historiador meticuloso, dedica aproximadamente un tercio del volumen a minuciosas notas que autentican su narrativa. En *La vía dorada*, Dalrymple busca y encuentra respuestas indiscutibles a los principios fundamentales de las matemáticas modernas, las religiones orientales y una próspera economía global antigua construida

sobre rutas marítimas que convergían en la India en lugar de la Ruta de la Seda, barriendo la opacidad proyectada por la historia revisionista, el colonialismo y una memoria colectiva que se desvanece.

En esta conversación con Meera Kymal, de *India Currents*, Dalrymple habla del origen de *La vía dorada*, su conexión con la India y los lugares y personajes únicos que pueblan sus historias.

***La vía dorada* analiza la influencia de la India en el mundo antiguo y la extraordinaria transformación que dejó a su paso en una región que usted denomina «Indosfera». ¿Qué es la Indosfera?**

Bueno, Indosfera no es un término acuñado por mí. Existe desde hace tiempo, pero creo que es un término muy útil

para hablar de la forma en que las ideas indias salieron de la India y transformaron por completo el sudeste asiático de una manera radical que aún perdura hoy en día. Cuando se viaja a Indonesia, a

«Mucho más de lo que la mayoría piensa, la civilización india, el hinduismo y el budismo han dejado una huella indeleble en el sudeste asiático».

menudo se vuela en la aerolínea estatal Garuda (nombre del heraldo de los dioses del hinduismo). En Tailandia, se llega al aeropuerto de Suvarnabhumi («las tierras del oro»), el antiguo nombre sánscrito del sudeste asiático. Entonces, es posible que decidas visitar la antigua ciudad

de Ayutthaya a las afueras de Bangkok, llamada así, por supuesto, en honor a la ciudad india de Ayodhya. Quizás hagas un viaje a Laos para ver Kurukshetra y luego te des un paseo en barco por el Mekong, cuyo nombre es la versión jemer de Ma Ganga, o Madre Ganges.

Mucho más de lo que la mayoría piensa, la civilización india, el hinduismo y el budismo han dejado una huella indeleble en el sudeste asiático, a menudo de formas que sorprenden a la gente. Angkor Wat, por ejemplo, es el templo hindú más grande del mundo, y en su día fue el centro del mayor imperio hinduista sobre la faz de la tierra, el Imperio jemer. Allí te encuentras a menudo turistas indios sorprendidos y desconcertados al encontrar imágenes de Krishna y sus devotas *gopis* en sus muros, pero no debería ser una sorpresa, porque uno de los grandes logros de la civilización india es haber difundido estas ideas y, lo que es aún más notable, haberlo hecho de forma totalmente pacífica. No se trataba de colonias hindúes como se pensaba anteriormente.

No hubo una conquista militar. Fue algo más notable, un imperio del espíritu, un imperio de ideas, y las ideas indias, tanto budistas como posteriormente hinduístas, que irradiaron desde la India en todas direcciones, dejando una huella que aún hoy perdura.

«Es una contrapartida directa a la Ruta de la Seda, que no creo que existiera hasta el siglo XIII».

¿Por qué elegiste *La vía dorada* como título de tu libro?

Hay varias razones. En primer lugar, es una contrapartida directa a la Ruta de la Seda, que no creo que existiera hasta el siglo XIII, cuando los mongoles crearon una autopista que atravesaba Asia y unía el Mediterráneo con el mar de la China Meridional. Antes de eso, existía un comercio romano tan gigantesco como olvidado entre el Egipto romano y la antigua India por la ruta marítima desde los puertos del mar Rojo de Berenike y Myos Hormos, pasando por Adén hasta Barbarikon, donde ahora se encuentra Karachi, en la desembocadura del Indo, y luego Barygaza, el gran puerto de Gujarat, que conduce a Ujjain y de ahí a la llanura del Ganges. Y luego, lo más importante de todo, Muziris, en Kerala, que ahora se cree que es el pueblo de Pattanam, en el interior de Kochi. Estos puertos eran importantes centros del comercio romano.

Los indios no querían realmente mucho de Roma. Les gustaba bastante el vino toscano y, curiosamente, también una interesante salsa de pescado fermentada llamada *garum*, de la que tenemos muchas ánforas llenas. Pero, básicamente, lo que buscaban los indios era oro. En la época clásica, la India no había descubierto aún sus minas de oro en Kohlapur. Por lo que importaba todo su oro principalmente de Roma. Fue entonces,

con la caída del Imperio romano, cuando se produjo este extraordinario giro hacia el este de los gremios comerciales tamiles, que empezaron a buscar oro en toda la región de Indonesia y en el Imperio jemer el delta del Mekong. Esto aparece en las historias budistas y en el *Ramayana*, donde Sugriva le dice a Hanuman que pise el suelo y el polvo de oro se levantará. Todo esto aparece allí.

Es una historia extraordinaria cómo, primero hacia el oeste, hacia el Imperio romano, y luego hacia el este, hacia Suvarnabhumi, se produce esta increíble diáspora india a partir del comercio y las ideas, impulsada por los vientos monzónicos. En la antigüedad, a los marineros indios les encantaba aprovechar los vientos monzónicos, que soplan, como saben, durante seis meses desde la India y luego cambian de dirección. Así que, tanto si sales de Kerala hacia el mar Rojo, como si sales de la costa de Tamil Nadu, y descendes por el estrecho de Malaca hasta el delta

del Mekong y más allá, hasta China, los vientos indios te ayudan soplando hacia fuera y luego hacia dentro. Así, nos encontramos con

enormes comunidades comerciales indias de Gujarat en Mombasa, Kenia, Tanzania y Adén y, por otro lado, comunidades de comerciantes *chettiar* y bengalíes en Singapur y Birmania.

Gran parte de esta historia parece olvidada o quizá desconocida. Antes has dicho que es opaca. En las escuelas de India estudiamos a Marco Polo y el Imperio gupta, Ashoka y sus pilares, y al erudito chino Xuanzang. Pero esta difusión de ideas que ha existido... desde luego no aparecía en esos libros de historia.

Permíteme hacer una pequeña corrección, no es que no se haya descubierto. Los estudiosos lo conocen, hay muchos trabajos académicos al respecto, pero de alguna manera no ha calado en la conciencia popular como lo ha hecho, por ejemplo, la Ruta de la Seda.

De acuerdo, los estudiosos lo saben, pero no parece haber un registro sólido de los viajes que hicieron estas personas.

¡No, todo está ahí! ¡Las inscripciones están ahí! Lo único extraordinario es que ningún indio haya escrito este libro en los últimos 40 años. ¿Por qué tiene que ser un escocés quien lo haga? La última persona que escribió un libro similar fue un inglés, A. L. Basham (*The Wonder That Was India*). Y es muy extraño, porque los indios están especialmente orgullosos de su cultura. No puedo responder a la pregunta de por qué no se ha escrito este libro antes.

Has dividido el libro en varios capítulos distintos. ¿Por qué decidiste elegir estos elementos concretos de la historia?

Bueno, cuando cuentas una historia, obviamente tienes que encontrar la manera de dividirla en partes manejables, o de lo contrario todo el mundo acaba con indigestión. Hay muchas, muchas formas en las que la India influye en todas las tierras que la rodean, abarcando desde las matemáticas, la astronomía, la astrología y la ciencia, danza, estética, escultura, templos, pasando por la filosofía y la religión hasta la medicina y la forma en que se gestionan los hospitales. Hay una enorme variedad de ideas indias sobre estos temas, pero me pareció que había tres formas de agruparlas.

Una era hablar, en primer lugar, de la expansión budista, que tiene lugar a partir de Ashoka. En segundo lugar, el periodo a partir del siglo V, cuando el hinduismo y la realeza hindú se convierten en un formidable poder en el sudeste asiático. La gente conoce bien la antigüedad india, el hinduismo y los Vedas, pero no es hasta el siglo V d. C. cuando estas ideas se abren paso de forma generalizada y, de repente, aparecen esculturas budistas por todo el sudeste asiático. Y luego, la sección final de mi libro trata sobre lo que los antiguos indios llamaban *Jyotisa*, que es la ciencia combinada de las matemáticas, la astronomía y la astrología, y la forma en que eso llegó primero al mundo árabe, a Bagdad. Tenemos una fecha: 776. Los libros de los grandes matemáticos y astrónomos indios Aryabhata y Brahmagupta son llevados por una embajada del rajá de Sindh a Bagdad, donde son recibidos por el califa abasí; y luego, un par de generaciones más tarde, se lleva a cabo una notable traducción y reelaboración de Aryabhata y Brahmagupta bajo la dirección Al Khwarizm. Su obra, *El libro del cálculo hindú según la finalización del equilibrio*, tiene un apodo más corto y accesible, *Al Jabr*, de donde viene nuestra álgebra. Y de su propio nombre, Al Khwarizmi, proviene nuestra palabra algoritmo.

Por tanto, los cimientos de la ciencia y la informática modernas provienen de este encuentro entre el mundo indio y el mundo árabe. Y el mundo árabe lo recuerda, mientras que en Occidente llamamos a los números indios números árabigos, porque los obtuvimos de los árabes a través de la España islámica.

Usted escribe que el budismo fue la mayor exportación de la India al mundo. ¿Por qué cree que ha desaparecido en la India?

Durante quinientos o seiscientos años, tanto en la India como en el sudeste asiático, el hinduismo y el budismo coexistieron, y algunos reyes, como los Pala en

Bengala, patrocinaban ambas religiones. Harsha, que amplió enormemente la Universidad de Nalanda, era un rey hindú que también patrocinaba a los estudiantes de budismo.

Pero en algún momento entre los siglos X y XI –comienza en el siglo VI, y se acelera durante los siguientes 600 años– el budismo se convierte en una religión cada vez más minoritaria, y el hinduismo se alza como la fe dominante. Mientras, en el sudeste asiático ocurre lo contrario. Así, mientras que hoy en día el único lugar donde se encuentra el budismo autóctono en la India es Ladakh, el único lugar donde se encuentra el hinduismo en el sudeste asiático es Bali. Es difícil responder al por qué ocurrió esto.

Otro aspecto interesante del libro es que el budismo no siempre fue tan austero como lo percibimos ahora. Usted escribe que fue difundido por comerciantes, y que los monasterios budistas fueron los primeros bancos. ¿No parece contrario a las enseñanzas de Buda?

No es contrario a las enseñanzas de Buda, lo que ocurre es que hemos idealizado el budismo, que es una religión muy mundana en su sentido práctico y atraía a los comerciantes. Nunca sedujo tanto a los reyes, porque los guerreros rajputs, que adoran la caza y ansían demostrar su valor en la batalla, no son amigos del vegetarianismo y la no violencia (risas). Quizás es una de las razones por las que desapareció en la India. Pero las clases comerciantes lo abrazaron ampliamente. Y hay algo en la idea del karma y de pagar por tus pecados que atrajo a las clases mercantiles.

Los primeros monasterios budistas siempre estuvieron asociados a espacios urbanos, lugares como Pataliputra, como Varanasi y las grandes ciudades del norte de la India que ahora hemos olvidado, como Bodh Gaya y Rajgir, entre otras. Y se difunde gracias a los monjes que viajan junto a los comerciantes. Los monasterios se convierten en caravasares. Tenemos inscripciones en las que los mercaderes hablan de devolver con intereses el dinero que les prestaron los monjes. Monasterios que, a menudo, se fundan sobre ricos yacimientos minerales, como el cobre en Afganistán o el hierro en el sudeste asiático.

¿Visitó esos lugares en Afganistán?

Me lo pasé muy bien visitando todos los lugares que aparecen en este libro, incluyendo los restos de la España islámica, Angkor Wat, Bali, etc. Uno de los aspectos más maravillosos de este libro fue poder visitar Angkor Wat inmediatamente después del confinamiento. Lite-

«Los cimientos de la ciencia y la informática modernas provienen de este encuentro entre el mundo indio y el mundo árabe».

ralmente, fui en el primer avión que salió de Indonesia hacia Camboya cuando aún estaban en vigor las restricciones por la COVID. La recompensa fue poder visitar Angkor Wat sin turistas. Estuve prácticamente solo con un grupo de monjes budistas, algo que nunca volveré a experimentar en mi vida, y luego en Borobudur, el mayor monumento budista del mundo, ¡sin turistas! Conseguí que el Ministerio de Cultura me dejara entrar y lo recorrí solo con el director. Una ocasión única.

Es increíble. Quiero hacerte una pregunta sobre la naturaleza de la religión. Llevas muchos años escribiendo sobre la confluencia de religiones, en tu obra nos encontramos con la constante búsqueda de la salvación, el deseo de iluminación, el desapego de lo material. ¿Cómo ha influido eso en tu perspectiva sobre los sistemas de creencias? ¿Eres una persona creyente?

Crecí en un hogar muy religioso y, aunque personalmente ya no soy cristiano practicante, creo que crecer en ese entorno moldea tu cosmovisión y, una vez que comprendes lo importante que es la religión para la visión del mundo de muchas personas, nunca vuelves a ver el mundo con los mismos ojos. Por eso me fascina la religión y he pasado mucho tiempo en instituciones religiosas, leyendo textos sagrados y estudiando arte sacro.

Porque es allí donde se desarrolló la mayor parte de la documentación, ¿verdad? En los monasterios.

Exactamente. Así que la India, la religión y la historia religiosa alteran profundamente mi visión del mundo, pero no profeso una fe en particular, no como lo hicieron mis padres ni como me llevó a hacerlo mi educación.

Hablemos de las mujeres que aparecen en tus libros.

¡Hay algunas chicas extraordinarias en esos libros!

¡Exacto! Bueno, la historia se ha centrado principalmente en los hombres, así que para mí siempre es interesante conocer personajes femeninos auténticos. En *La vía dorada* nos sorprendes con la hija de los dragones, en un episodio que parece sacado directamente de *Juego de Tronos*: la quinta concubina, la Emperatriz Celestial, Wu Zetian. Cuéntanos sobre ella.

Es una persona muy conocida en China, donde se la considera una especie de Lady Macbeth, una reina

asesina que mató a cientos de sus ministros. Pero es realmente difícil saber qué es verdad y qué no: ella convirtió a China al budismo y, tras su muerte, volvió al poder la clase dirigente confucianista, que la detestaba, y que es la que nos ha dejado esta visión de ella tan retorcida. Lo cierto es que Wu Zetian supuso el mayor desafío histórico al dominio del confucianismo en toda la historia de China. No van a hablar bien de ella. Por lo tanto, debemos ser muy escépticos con respecto a sus historias.

Hubo otras emperatrices poderosas en la historia de China que fueron consortes o emperatrices viudas, pero Wu Zetian fue la única que ostentó el título de «emperador». Tenía su propio *think tank*, un grupo de activistas que la llevaron al trono llamados los Eruditos de la Puerta Norte, que en buena medida se habían formado en la India. Se puede interpretar esto como un golpe de Estado indio en el corazón del Imperio chino.

¿Se reconoce esto hoy en día en China?

Bueno, la visión popular de Wu Zetian es la de un monstruo que se deshace de la antigua élite. Pero lo cierto es que en la China moderna hay académicas feministas que simpatizan con ella. Así que existe una conciencia clara de que ha sido demonizada por una razón concreta, y además por ser mujer. En los textos budistas, por contra, se la recuerda como una reina muy piadosa que promueve el budismo y anima a los eruditos. Incluso hay retratos literarios de ella realizados por personas que la conocieron, en los que aparece

sentada en la oficina de traducción con monjes ancianos muy cultos que están realizando difíciles traducciones de textos sánscritos mahayana al pali y al chino, y ella se ofrece como lectora y copista, poniéndose

humildemente a su disposición. Así que tenemos diferentes versiones.

Hablemos del papiro de Muziris. ¿Cómo cambió su descubrimiento la historia del mundo tal y como la conocemos?

El papiro de Muziris fue descubierto en Egipto hace 20 años (ahora se encuentra en Viena) y nos proporciona datos concretos sobre el comercio entre Roma y Kerala, en el sur de la India. Hay muchas pruebas arqueológicas del intercambio de objetos, pero los datos económicos concretos con cifras son muy escasos en la historia. A menudo se lee en los libros de

«El papiro de Muziris fue descubierto en Egipto hace 20 años (ahora se encuentra en Viena) y nos proporciona datos concretos sobre el comercio entre Roma y Kerala, en el sur de la India».

historia que la India tenía el 30 % del PIB mundial durante el periodo Gupta, pero estas afirmaciones suelen ser muy cuestionables, porque simplemente no disponemos de datos económicos modernos para periodos pasados. Pero de vez en cuando sobrevive algún documento perdido... Egipto es famoso por la forma en que su clima ha propiciado la conservación de todo tipo de objetos que, gracias a la sequedad del clima desértico egipcio, se han conservado en perfecto estado.

Hay una ciudad llamada Oxirrincos a orillas del Nilo. Por alguna razón, los vertederos de basura a las afueras de la ciudad se encuentran en una zona tan seca y tranquila que las montañas de documentos han sobrevivido hasta hoy. Y los cientos de miles de fragmentos de papiro que se han encontrado son un auténtico tesoro, desde evangelios desconocidos, como el de Tomás, hasta dichos tempranos de Jesús anteriores a los de los Evangelios y que han sobrevivido en la tradición islámica o poesía amorosa lesbiana de Safo. Y en medio de todo este papeleo completamente aleatorio, hay una factura de un envío cualquiera de un contenedor desde el puerto de Muziris, en Kerala.

Esta factura incluye pimienta, marfil, algodón, seda y productos de perfumería que un empresario envió desde Kerala a Alejandría. Y es una hoja de cálculo en términos modernos. Solo indica los productos, el precio y el montante de los 37 aranceles diferentes. Lo sorprendente es que todos estos productos, muy caros y codiciados se vendían por sumas astronómicas. De haberse vendido por el importe evaluado en la factura, hubiera convertido al importador en uno de los hombres más ricos de Egipto. Y sabemos que 250 barcos hacían esa ruta cada año.

Siempre busco en tus libros lo que yo llamo «momentos reveladores». En tus visitas a lugares históricos y en tu búsqueda de respuestas en las fuentes, ¿ha habido algún momento sorprendente, algo inesperado?

Diría que la mayor parte de este libro. Hace diez años no tenía ni idea de la importancia del comercio indio, ni de la asombrosa forma en que toda la cultura del sudeste asiático deriva de la cultura sánscrita. Desconocía cómo los números indios comienzan con Ashoka y terminan en la Europa moderna.

«Siento que se trata de una historia extraordinaria que desconozco, que me deslumbra y que despierta mi admiración por la India antigua».

Este fue mi proyecto durante el confinamiento. Me senté en mi biblioteca, leí y leí y leí. Mis libros anteriores están escritos a partir de material de archivo completamente nuevo que nadie había visto antes. *La vía dorada*, en cambio, es un libro construido a partir de fuentes secundarias, del trabajo de otros estudiosos. Su única pretensión de originalidad es unir los puntos.

Quiero decir, los sanscritólogos conocen el sánscrito. Los estudiosos del budismo conocen el budismo. Los historiadores de las matemáticas conocen la historia de las matemáticas. Pero no hablan entre ellos, y no hemos visto todo esto

reunido en una única historia. Para mí, como persona de fuera, siento que se trata de una historia extraordinaria que desconozco, que me deslumbra y que despierta mi admiración por la India antigua.

Lo cual me lleva directamente a mi última pregunta. Siempre me ha intrigado la percepción que se tiene fuera de la India, porque no es un país fácil de conocer y amar. ¿Qué te llevó a la India y qué te mantiene allí?

Es un país fácil de amar, pero difícil de conocer. Lo que me llevó allí fue un accidente. En realidad, mi intención original era ir a excavar restos asirios en Irak. Ese era mi plan tras terminar la universidad, pero se fue al traste cuando Sadam Husein cerró la Escuela Británica de Arqueología, alegando que era un nido de espías británicos. Así que, literalmente, me subí a un avión con mi mejor amigo, que iba a dar clases en Dehradun. Tardé aproximadamente un mes en enamorarme por completo del país. Recuerdo que, en marzo de 1984, pensé: «Aquí es donde quiero pasar el resto de mi vida. Este es un lugar extraordinario». Tenía 18 años. Ahora tengo 60. Creo que es el año sabático más largo de la historia. Cuando estoy de vacaciones en alguna isla griega, a veces pienso que no estaría mal pasar un par de años en Rodas, Creta o Santorini, pero la India sigue tirando de mí.

Entrevista adaptada de la conversación entre Meera Kymal y William Dalrymple publicada en India Currents. Lee el [original íntegro aquí](#).

IndiaCurrents

DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Introducción. La indosfera

- 1 Un vendaval de quietud
- 2 India: «El sumidero de los metales más preciosos del mundo»
 - 3 El Gran Rey, Rey de Reyes, hijo de Dios
- 4 El mar de joyas: la exploración de la gran biblioteca de Nalanda
 - 5 La quinta concubina
 - 6 La diáspora de los dioses
 - 7 En las Tierras del Oro
- 8 «Aquel que está protegido por el Sol»
- 9 El Tesoro de los Libros de la Sabiduría
- 10 Los frutos de la ciencia de los números

Glosario
Bibliografía
Créditos de las imágenes
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

INTRODUCCIÓN

LA INDOSFERA

Ninguna exportación india tuvo un impacto tan profundo y duradero como las epopeyas del *Mahabharata* y el *Ramayana*. El templo de Loro Jonggrang, del siglo IX, en Prambanan, contiene algunos de los primeros y posiblemente los mejores conjuntos de relieves inspirados en el *Ramayana* jamás esculpidos, con escenas tan familiares y queridas como Rama disparando al ciervo dorado (en la imagen) y los demonios intentando despertar a Kumbhákarna, el hermano de Ravana del tamaño de una montaña.

A diferencia de India, China ha sido muy hábil contando el relato de que siempre fue el centro del mundo asiático. Este replanteamiento y reconfiguración de la imagen proyectada por la historia, altamente nacionalista y sinocéntrica, retrató de forma idealizada el mundo comercial de las Rutas de la Seda como una pacífica red de intercambio de ámbito global, centrada en China, la cual se presentaba como el principal motor económico que impulsaba el comercio mundial. Desde que Xi Jinping lanzó su Iniciativa de la Franja y la Ruta amparada por la promesa de invertir un billón de dólares en préstamos para infraestructuras, el relato se ha politizado enormemente, y se habla mucho de la Franja y la Ruta como una «Nueva Ruta de la Seda». India no ha hecho demasiado por contrarrestar esto, al margen de algunos intentos –poco entusiastas– de presentar sus relaciones comerciales con Oriente Medio en términos de una Ruta del Algodón o, más recientemente, un Corredor Económico India-Oriente Medio-Europa, conocido por sus siglas en inglés como IMEC.

Sin embargo, el relato histórico es bien diferente. Si hablamos del periodo crucial que va entre el final de la Antigüedad y el comienzo de la Alta Edad Media, se puede argumentar que la India fue el centro cultural e intelectual de Asia, y que influyó y cambió el curso de la vida religiosa, artística y cultural de todas las regiones de su entorno, incluida la propia China. Después de todo, esa fue la razón por la que Xuanzang, y muchos otros como él, arriesgaron sus vidas para emprender el peligroso peregrinaje a lo que entonces era el equivalente, en el Asia antigua, de las actuales Universidad de Harvard o Instituto de Tecnología de Massachusetts, el gran centro académico budista de Nalanda.

A diferencia de China, la India rara vez estuvo unificada en la Antigüedad, ni siquiera en parte, ya que cuando Xuanzang alcanzó, en el siglo VII d. C., lo que él consideraba las fronteras geográficas de la India en Jalalabad, señaló que estaba entrando en una tierra sagrada, las Cinco Indias, formada por «más de setenta» reinos distintos. Y, a pesar de su fragmentación política, la idea de la India como una única unidad cultural, sagrada y geográfica se comprendía claramente desde los tiempos más remotos.



Xuanzang no fue el único en tener un entendimiento claro de los límites geográficos de la tierra fragmentada que él llamaba India: un predecesor suyo del siglo V d. C., el monje chino Fa Xian, expuso ideas similares de un país «de forma triangular, ancho en el norte y estrecho en el sur». Y, antes de eso, el historiador Estrabón cuenta cómo Alejandro Magno habló con *sadhus*, que concebían su patria como algo que se extendía «desde la desembocadura del Indo en el oeste hasta la del Ganges en el este, desde la desembocadura del Ganges hasta la punta del sur de la India, y desde allí, de nuevo, hasta la del Indo». El *Mahabharata*, en proceso de composición más o menos por la misma época, da una definición aún más concisa: «la tierra al norte de los mares y al sur del Himalaya se llama Bharata, donde vivían los descendientes del rey Bharata».

Esta India o Bharat –como quiera que se la definiera– fue una de las dos grandes superpotencias intelectuales y filosóficas de la Asia antigua, equiparable a China en el mundo primitivo. Sentó las bases de la forma de pensar y expresarse de gran parte del planeta y alteró de manera significativa la trayectoria del devenir histórico de gran parte de la humanidad. Durante más de mil años fue un jardín del que salieron las semillas que, una vez plantadas en otros lugares, florecieron en formas nuevas, ricas e inesperadas.

Cómo lo hizo con exactitud, ese es el tema de este libro.

CAPÍTULO 1

UN VENDAVAL DE QUIETUD

Las celdas y salas monásticas budistas de Bhaja tenían ya doscientos años cuando Jesús de Nazaret condujo a sus primeros discípulos a las colinas de Judea. También son anteriores a casi todos los textos escritos del budismo que se conservan. Cuanto sabemos de ellos procede de las inscripciones en prácrito y sánscrito híbrido que los monjes y sus mecenas y devotos dejaron en las paredes rocosas.

Estas inscripciones tienen algo sorprendente, pues revelan que, en el siglo I a. C., los grandes monasterios de la antigua India y Afganistán ya parecían ser tan ricos como los de la Europa medieval: en varios casos, contaban con sus propias fábricas de moneda, molinos de agua y prensas de aceite, y eran propietarios de fincas, algunas de las cuales las trabajaban los esclavos. La idea de los monjes y monjas budistas como ascetas que renunciaban al mundo parece haber sido ya un ideal que, a menudo, no se reflejaba la realidad vivida por el monacato budista indio. En el Decán, los monasterios cultivaban, trabajaban y exportaban algodón y explotaban minas. Incluso prestaban dinero a interés para obtener ingresos, por lo que se convirtieron en los primeros bancos del sur de Asia. En un texto budista temprano, el propio Buda afirma que «las donaciones para el bien de Buda, el *dharma* y la Comunidad deben prestarse con intereses» y exigía un contrato de préstamo fechado, atestiguado y por escrito. Asimismo, gracias a sus fuertes vínculos con los gremios comerciales, los monasterios se convirtieron pronto en beneficiarios activos de las pujantes redes comerciales del sur y el centro de Asia.

El siglo I a. C. fue un periodo de enorme crecimiento urbano y expansión del comercio internacional, y estos primeros monasterios budistas, por remotos que parezcan ahora, se construyeron en origen en las grandes rutas comerciales de su tiempo. Los valles que coronan fueron antaño testigos de caravanas que acarreaban hacia la costa todo tipo de artículos de lujo:

Un magnífico Buda –el primero encontrado al oeste de Afganistán– desenterrado en 2022 en Berenice, en la costa egipcia del mar Rojo. Fue esculpido en el mejor mármol de Proconeso en un estilo en parte indo-gandhánico, en parte palmireño y en parte romano-egipcio. Por el estilo de la talla, los arqueólogos que la encontraron creen que la escultura debió de realizarse en un taller de la Alejandría del siglo II de nuestra era.



ébano, teca y sándalo, marfil y algodón y seda indios, pimienta y canela.

En realidad, el Buda, parece, sorprendentemente abierto a la idea de la acumulación de riqueza, que reconocía como un mal necesario hasta que se pudiera alcanzar el nirvana. Según la tradición, los primeros devotos laicos de Buda fueron dos mercaderes que le dieron cuencos de gachas y miel tras su iluminación, y los relatos *jataka* sobre las vidas pasadas de Buda suelen contener muchas historias de mercaderes náufragos o comerciantes itinerantes en apuros. De hecho, en esos relatos los mercaderes aparecen invariablemente como los héroes, hombres sacrificados e intrépidos de gran valentía que emprendieron largos y peligrosos viajes por el bien de los demás. Las primeras colecciones de relatos biográficos budistas también contienen relatos de monjes que antes habían llevado vidas como comerciantes y, a menudo, los elogian tanto por su perspicacia empresarial como por su sabiduría espiritual. Algunas de las primeras escrituras budistas contienen incluso tasas de conversión de divisas.

Para los budistas, por otra parte, la riqueza se podía tomar como un signo de karma propicio, el resultado positivo de las buenas acciones y donaciones realizadas en vidas anteriores; la pobreza, por el contrario, se podía interpretar como un signo de fracaso moral, y el concepto de deuda se utilizaba, a menudo, en los relatos *jataka* como una metáfora de los obstáculos espirituales. Al mismo tiempo, apoyar el *dharma* de Buda y sus monasterios con donaciones se entendía como una forma de aumentar la riqueza y el estatus material y espiritual, llevando al donante «por encima de los océanos del sufrimiento», tanto en esta vida como en las siguientes.

El budismo caló netamente en las clases mercantiles de la India primitiva y llegó a prosperar dentro de su mundo urbano. En cierta medida, incluso adoptó su lenguaje: el propio Buda es descrito en algunos textos budistas como un «jefe de caravana» que conduce a sus seguidores «más allá de los desiertos arenosos del renacimiento». En una historia que relata sus primeros nacimientos, se describía a Buda incluso como un «mercader del océano» que recogía provisiones y partía hacia el Gran Océano.

CAPÍTULO 2

INDIA: «EL SUMIDERO DE LOS METALES MÁS PRECIOSOS DEL MUNDO»

Fuera quien fuese el propietario de los barcos o quien manejase el aparejo, lo cierto es que el comercio entre la India y Roma creció a gran velocidad a partir del siglo I, cuando los mercaderes se dieron cuenta de la magnitud de los beneficios en juego. Como muestra, Plinio menciona que las mercancías compradas en la India podían venderse cien veces más caras en el Imperio romano.

Ello supuso un enorme enriquecimiento para los exportadores indios, pero al mismo tiempo una cierta inquietud para quienes vigilaban la salud de la economía romana. Ya desde el reinado de Nerón, parece que se produjo una tremenda fuga de metales preciosos de Occidente hacia la India. El puritano Plinio se mostraba especialmente indignado por esas salidas de dinero romano hacia los bolsillos de los indios. Le disgustaba el sabor de la pimienta, y escribió que no podía entender cómo podía haber ganado tanta popularidad en la mesa:

Que su empleo haya sido tan bien acogido es asombroso. Ciertamente es que en el caso de algunos condimentos su grato sabor resultaba irresistible; en otros, atraía su aspecto; pero la pimienta no tiene ni el atractivo del árbol ni el de la baya. ¿Que guste sólo por su acritud y que haya que ir a buscarla a la India...! ¿Quién tuvo el capricho de probarla por primera vez como aderezo de sus alimentos?

Plinio tampoco estaba muy impresionado por las piedras preciosas de las que, según él, la India era el principal exportador. En su *Historia natural* describe el subcontinente como «el sumidero de los metales más preciosos del mundo [...] No hay año en que por allí no se le escapen a nuestro imperio al menos cincuenta y cinco millones de sestercios».

Cornelio Tácito, que fue casi contemporáneo del anterior, expresa quejas parecidas «por las vestimentas promiscuas y las joyas, nuestra riqueza acaba yendo a países extranjeros y hostiles». Como confirmación de tales protestas, dos dinastías del sur de la India, los pandyas y los cheras, llegaron a enviar embajadas a Roma para discutir el problema de la balanza de pagos y la incapacidad de los romanos para afrontar sus diversas deudas con la India. De hecho, es probable que presionaran también para obtener privilegios comerciales en los puertos romanos del mar Rojo. En el año 70 d. C., el emperador Vespasiano estaba tan preocupado por la fuga de capitales hacia el este que impuso una prohibición temporal a su salida.

Puede que tal hemorragia significara un problema para Roma, pero en cambio, para la India ese flujo intensivo entrando en sus arcas no hizo sino aumentar su, ya de por sí, gran prosperidad previa.



Una fortuna hecha a partir del comercio de pimienta puede estar detrás de un hermoso mosaico del siglo IV d. C. que llena el ábside de la lujosamente decorada villa romana cerca de Piazza Armerina, en Sicilia. Representa a una diosa de aspecto indio (al parecer copiada de un original de esa zona) flanqueada por un elefante y un tigre, y con enredaderas de pimienta que cuelgan detrás. El mosaico ilustra las principales exportaciones de la India al mundo romano: pimienta (que crece en las enredaderas detrás de la diosa), marfil, sedas translúcidas y bestias salvajes para el circo.

DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 3

EL GRAN REY, REY DE REYES, HIJO DE DIOS



Las excavaciones de Mes Aynak, en la provincia de Logar, cerca de Kabul, han sacado a la luz una gran riqueza escultórica kushana. Impulsado por los beneficios de la antigua mina de cobre que gestionaban los monjes y que, al parecer, explotaban con fines lucrativos, fue un importante centro de la primitiva cultura india, desde el cual las ideas, la religión, el arte, la filosofía y el saber indios se habían extendido por toda la cadena montañosa del Hindu Kush.

cultura india, desde el cual las ideas, la religión, el arte, la filosofía y el saber indios se habían extendido por toda la cadena montañosa del Hindu Kush.

Mes Aynak es un lugar remoto incluso para los estándares afganos. Osama bin Laden utilizó las cuevas situadas al fondo del valle para entrenar a los hombres que perpetraron los atentados del 11-S, y para cuando las excavaciones se encontraban en pleno apogeo los oscuros talibanes ya estaban de vuelta y habían empezado a dejar minas letales a lo largo de la carretera y a exigir dinero a cambio de protección. Sin embargo, los arqueólogos siguieron adelante. Por la importancia del yacimiento y también por la amenaza inminente que se cernía sobre su existencia, no tanto debida a los propios talibanes como a la minería, pues la compañía estatal Corporación Metalúrgica de China había comprado el valle al Gobierno afgano y planeaba convertirlo en la segunda extracción de cobre a cielo abierto más grande del mundo.

Dominando las laderas desoladas del promontorio Koh Baba Wali, las ruinas monásticas de Mes Aynak se encontraban en un mundo muy diferente al de los templos portuarios de Berenice. Y, a pesar de ello, muchos de los hallazgos que desenterraron los arqueólogos resultaban extrañamente similares. También en este caso, comerciantes indios audaces y ambiciosos se situaron a la vanguardia de un momento señero de difusión cultural y civilizadora. El enclave budista de Mes Aynak, impulsado por los beneficios de la antigua mina de cobre que gestionaban los monjes y que, al parecer, explotaban con fines lucrativos, fue un centro importante de la primitiva

excavaciones, los arqueólogos encontraron tres monasterios separados y dos grandes estupas de unos nueve metros de altura, flanqueadas por columnas corintias de aspecto romano. Frente a las estupas, hileras de frágiles budas sin cabeza realizados en estuco meditaban en posición de loto, mientras que en uno de los laterales apareció un Buda Gautama reclinado de unos siete metros y medio de largo.

En las filas de pequeñas capillas frente a la estupa había estatuas de madera y arcilla pintadas de rojo, y tan bien conservadas que parecía como si, de algún modo, la tierra hubiera perdido su poder para deteriorarlas. En una de ellas, un asceta brahmín con rastas y barba de chivo miraba a una mujer de ojos grandes con raya en medio, vestida con un sari rojo y, sobre los hombros, un chal azul, con una hilera de pequeños medallones de oro brillándole en el cuello. En otra capilla había una imagen del espíritu de la naturaleza Pañcika, devorador de niños a quien Buda convirtió a su fe y que pronto se convirtió en el patrón budista de los niños y la fertilidad. Algunas de las imágenes procedían de los relatos budistas; otras, de las historias *jataka* sobre las vidas anteriores de Buda; otras más, de los cuentos populares sobre *iaksa*, los espíritus de los árboles, y todas ellas concebidas en las riberas del Ganges y el Yamuna, pero que ahora tomaban forma corpórea en madera, piedra y terracota a muchos cientos de kilómetros al norte.

CAPÍTULO 4

EL MAR DE JOYAS: LA EXPLORACIÓN DE LA GRAN BIBLIOTECA DE NALANDA

La capital imperial pasó a ser un nido de secuaces como Zhe el Bandido, y la región entre el río Amarillo y el Luo se convirtió en una caverna para hombres tan brutales como chacales o lobos. La civilización se derrumbó y la comunidad budista hubo de dispersarse. Aparecían esqueletos blancos esparcidos en los cruces de caminos, y la región se despobló; ya no se veía humo saliendo de las chimeneas.

Xuanzang estaba profundamente preocupado. No era solo que la sociedad se estuviera desintegrando ante sus ojos; también le preocupaba que la tradición budista en cuya vivencia y estudio se hallaba inmerso estuviera profundamente corrompida. Se daba cuenta de que los textos que utilizaba estaban llenos de errores e incongruencias. «Cuando comparaba las ediciones de las escrituras sagradas –escribió Huili–, mostraban diferencias vagas o manifiestas, de modo que no sabía cuál de las teorías debía seguir». A pesar de arriesgar su vida viajando por los campos llenos de peligros entre un monasterio y otro en busca de maestros budistas que pudieran resolver estas inconsistencias, no encontró a ninguno que pudiera responder de forma adecuada a sus preguntas. Xuanzang sentía una necesidad cada vez más acuciante de «realizar más estudios especializados y resolver las contradicciones [...] Así que decidió viajar a Occidente, a la India, para aclarar sus dudas».

Había oído que el monasterio universitario de Nalanda contenía las colecciones más completas de los textos de la tradición conocida como *yogacara* (práctica del yoga), un camino espiritual esbozado por primera vez por el monje gandhariano Asanga al dictado del *bodhisattva* Maitreya, o al menos eso sostenían los monjes. Según Asanga, nuestra experiencia del mundo no es más que una ilusión, una creación engañosa de nuestra propia conciencia. Xuanzang creía que los escritos de la

escuela *yogacara* de Asanga eran la cumbre de todo el pensamiento budista y la que había preservado los secretos más profundos y auténticos de su propia tradición *mahayana*. En concreto, Xuanzang ansiaba encontrar un manuscrito específico: el *Yogacarabhumi*. Se trataba de un texto que Xuanzang había estado buscando durante toda su vida adulta.

También había oído que el maestro supremo de *yogacara*, un erudito de ciento seis años llamado el Venerable Shilabhadra, seguía enseñando en Nalanda, y que, a pesar de su edad, recibía aún nuevos alumnos. Ignorando los numerosos peligros, Xuanzang decidió emprender el camino hacia el oeste, sabedor de que, siglos antes, otros monjes chinos como Fa Xian habían realizado con éxito el mismo viaje y regresado con vida. Estos incluso habían dejado breves relatos de sus expediciones. «Como el camino estaba obstruido y era largo», escribió Xuanzang,

la transmisión [del budismo a China] aún estaba incompleta [...] Rezando en secreto para obtener protección espiritual, decidí salir de la tierra donde había nacido y lanzarme al reino de las diez mil muertes. Al seguir los pasos de Buda, presenté mis respetos a la [presencia] numinosa que dejó tras de sí. Si había personas que propagaban el *dharma*, buscaba sus auténticas enseñanzas. Cuando pasaba por un lugar, me conmovía al ver lo que nunca antes había visto. Cuando encontraba una palabra, me regocijaba al oír lo que nunca antes había oído. De este modo, agoté los recursos de mi vida para copiar textos que me faltaban en casa.



Retrato de Xuanzang, de autor desconocido (ca. 602-664). Museo Nacional de Tokio, Japón.

CAPÍTULO 5

LA QUINTA CONCUBINA

La muerte de Taizong supuso un duro golpe tanto para Xuanzang como para Wu Zetian. En el caso del primero, llegaba antes de haber logrado que el emperador aceptara establecer de manera permanente la prioridad en la corte de los budistas frente a sus rivales taoístas. Y, para la segunda, aquel fallecimiento representaba una amenaza que podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Según la costumbre, todas las concubinas sin hijos del emperador muerto eran desterradas del palacio y enviadas a un convento para vivir enclaustradas el resto de sus vidas en oración y contemplación. Se les afeitaba la cabeza, y se esperaba que cambiaran las sedas propias de las concubinas imperiales por las toscas sotanas de arpillera de las monjas budistas. Claramente, no era una opción del agrado de Wu Zetian, que, por entonces, tenía veinticuatro años.

Al cumplirse el primer aniversario de la muerte de Taizong, el nuevo emperador, Gaozong, visitó el templo y vio a la desconsolada y llorosa Wu en el convento anexo. Ella hizo un llamamiento desesperado a su (probable) antiguo amante, rogándole que la salvara de una vida de penitencia. Y, además, le regaló un poema:

Contemplo tu disco de jade y mis pensamientos se dispersan.
Consumida por el dolor, separada y distante,
extraño profundamente a mi Soberano.
Si no crees en este interminable lamento de lágrimas,
abre mi pecho y contempla mi vestido de granada manchado de llanto.



Retrato de la emperatriz Wu Zetian en la vejez, extraído del *Álbum de retratos de 86 emperadores de China* (s. XVIII).

Gaozong, quien ya había desarrollado un profundo amor por Wu Zetian, no necesitó de mucha persuasión. En poco tiempo, Wu estaba de vuelta en el palacio como concubina de segundo grado y con un nuevo título, Dama del Comportamiento Luminoso. Hay distintas versiones sobre cómo ocurrió con exactitud. Según una fuente, su rápido regreso fue facilitado por la emperatriz, la señora Wang, que se había puesto celosa de otra concubina de Gaozong y pretendía reemplazarla por una joven dócil y dependiente de su favor. De ser así, fue un error de juicio que pronto lamentaría: la emperatriz Wang, para cal-

mar sus celos, «había soltado un tigre en la montaña».

Resulta difícil conocer la verdad sobre gran parte de la vida de Wu Zetian: por un lado, las crónicas que ella encargó fueron deliberadamente destruidas tras su muerte. Pero, además, tras su caída fue objeto de una amarga campaña de difamación por parte de los historiadores del renaciente sistema confuciano, con historias que la asocian con distintos terribles crímenes y la acusan de una crueldad y un ansia de venganza asombrosas, en especial durante su ascenso al poder. Por tanto, las fuentes confucianas posteriores a su reinado están fuertemente sesgadas en su contra, y a esta distancia es imposible distinguir la verdad de los chismes y las descaradas calumnias. En todo caso, las líneas generales de su historia resultan evidentes: Wu Zetian era, sin duda, una mujer inusualmente aguda, inteligente y decidida. También está claro que fue manipuladora, despiadada y cada vez más propensa al asesinato a medida que se acercaba al poder absoluto. Su ascenso dejó a su paso un reguero de cadáveres, muchos de los cuales mostraban signos de terribles torturas.

CAPÍTULO 6

LA DIÁSPORA DE LOS DIOSES

Un velero minuciosamente esculpido en las paredes de Borobudur. Estas embarcaciones navegaban de un lado a otro, siguiendo los vientos monzónicos, entre la India y el sudeste asiático.

Así como Mahendravarman estaba reviviendo la economía de la costa tamil, la misma alquimia de urbanización y formación de Estados en el sudeste asiático aumentaba el tamaño y la riqueza de los puertos en las costas orientales del golfo de Bengala, facilitando y haciendo más rentables los viajes hacia el este desde Mahabalipuram. En lo que hoy son Sri Lanka, Myanmar, Malasia, Tailandia, Laos, Vietnam y Camboya surgían nuevos centros urbanos a lo largo de la costa y en los principales sistemas fluviales. En la actual Tailandia, por ejemplo, el puerto fluvial de Nakhon Pathom, que medía 3,7 por 1,9 kilómetros, tenía por aquel entonces un foso, con canales que atravesaban la ciudad y más de cien edificios con base de ladrillo. Hacia destinos como este navegaban los comerciantes de la India meridional y oriental con cada monzón en sentido este, llevando cargamentos repletos de telas, artículos de metal y otras manufacturas indias que cambiaban por especias, alcanfor, resina y diversas materias primas de la región. Pero, sobre todo, como indica el nombre de Suvarnabhumi, los indios venían por los ricos yacimientos de oro que se habían encontrado en Sumatra y Sarawak y en pequeñas minas de oro repartidas por toda la península del continente. Para el siglo V ya se había abierto una importante ruta marítima directa a través del estrecho de Malaca que unía con facilidad los océanos meridional y oriental. Gran parte del comercio indio parece haber tenido lugar bajo el paraguas de los gremios comerciales, cada vez más prósperos.

Tales viajes habían sido durante mucho tiempo un elemento básico de los relatos budistas *jataka*. Una de esas narraciones refiere el viaje del príncipe Polajanaka a Suvarnabhumi para acumular la riqueza que necesitaría si quisiera recuperar el trono de su padre, usurpado por su malvado hermano. «Dadme la mitad de vuestras posesiones –le dice a su madre–, y yo iré a Suvarnabhumi y conseguiré allí grandes riquezas». Su madre le advierte que no será fácil: «El mar depara pocas posibilidades de éxito y en cambio muchos peligros». Y, en efecto, los barcos del príncipe se enfrentan a una tormenta. «El agua subía cada vez más» y «el barco empezó a hundirse en medio del océano mientras la tripulación lloraba, se lamentaba e invocaba a sus diferentes dioses».

Mientras el barco va a pique y los marineros «se convierten en comida para los peces y las tortugas, y el agua que lo rodea adquiere el color de la sangre», el príncipe se



mantiene firme junto al mástil. Al final, lo rescata la milagrosa intervención de Manimekhala, la diosa del mar de la que eran especialmente devotos los pallava de Kanchipuram. La diosa alaba el coraje del príncipe:

Tú que luchas valiente en medio de este feroz
mar sin límites
No te arredres por la tarea encomendada, y es-
fuérzate donde el deber te llame.
Ve adonde tu corazón quiera que vayas
y no habrá obstáculo ni impedimento.

Este parece haber sido el espíritu que atrajo a los primeros mercaderes cada vez más hacia el este. De hecho, a pesar de toda la literatura piadosa sobre Suvarnabhumi en los *jatakas* y de epopeyas como el *Ramayana*, las religiones de la India tardaron en unirse a la lista de exportaciones del sur de Asia, hasta el punto de que, cuando las religiones indias se establecieron en el sudeste asiático, el budismo precedió por poco al hinduismo.

En Myanmar, por ejemplo, hay indicios de una influencia de la India en asuntos técnicos a partir del siglo II a. C., por ejemplo, en cuestiones como los sistemas hidráulicos y de irrigación, la fundición del hierro e incluso el tamaño de los ladrillos. Los sistemas índicos de escritura empezaron a utilizarse bastante más tarde, a partir del siglo III d. C. Pero no es hasta el siglo IV cuando hay evidencias claras de la adopción generalizada del budismo. Las pruebas de la existencia de monasterios son aún más tardías. En el siglo V, las inscripciones en pali más antiguas que se conservan se forjaron en la ciudad pyu de Sriksetra, donde se descubrieron veinte hojas de oro con fórmulas budistas en la cámara de reliquias de una estupa/pagoda.

CAPÍTULO 7

EN LAS TIERRAS DEL ORO

Acompañado por su escolta cortesana, la embajada pallava de Vajrabodhi partió hacia el puerto de Nagapattinam, desde donde tomó el primer barco hacia Sri Lanka. Aquí gobernaba un rey vasallo cuya dinastía, los pallava, habían instalado anteriormente en el trono por la fuerza de las armas; el gobernante recibió a Vajrabodhi con flores fragantes. Por su parte, Vajrabodhi peregrinó hasta las huellas de Buda, situadas en el pico de Adán:

Esa montaña tenía muchas bestias feroces, leones, serpientes venenosas, salvajes y *rákshasas*. Vientos oscuros y una niebla cruel protegen constantemente los raros tesoros de la cima de esta elevación. ¡A menos que se presenten respetos a los lugares sagrados, no es posible escalar esta montaña. Su Reverencia quemó incienso al pie e hizo reverencias [...] el cielo se despejó, la niebla se dispersó y las bestias feroces se escondieron. Ascendiendo, se volvieron hacia el noroeste, explorando valles, agarrándose a lianas y colgándose de enredaderas [...] Había un manantial, que no contenía otra cosa que lapislázuli, oro, plata, joyas y flores de loto azules. Se encontraron con cuevas donde monjes anteriores habían cultivado la Vía. Escalaron durante siete días, y solo entonces alcanzaron la cima de la montaña [...] La huella derecha del Buda estaba oculta en lo alto de la piedra.

Tras su descenso, Vajrabodhi se dirigió al gran monasterio *mahayana* de Abhayagiri, situado en la capital, Anuradhapura. Allí adoró la reliquia del diente de Buda y obtuvo copias de varios textos esotéricos budistas de gran poder, que copió y llevó consigo en la siguiente etapa de su viaje.

A continuación, hizo escala en Sumatra (717 d. C.), entonces parte central del Imperio marítimo Srivijaya.

Esta poderosa talasocracia, una confederación de señores del mar del sudeste asiático, tenía su centro en Palembang, en la isla de Sumatra, un rico puerto fluvial encaramado sobre pilotes de madera que emergían del río Musi, en lo más profundo de la selva. Desde el siglo V, los señores Srivijaya habían zarpado para controlar el estrecho de Malaca y establecer diferentes puertos y estaciones comerciales que se extendían por la región. Se vinculaban a su rajá mediante rituales mágicos que consistían en verter agua sobre una enorme escultura de una temible serpiente *naga*. Luego había que beber el agua con el juramento de que las entrañas de los señores se pudrirían si lo rompían. Pero si los señores permanecían fieles, cada uno recibiría no solo una fórmula secreta para la liberación budista final de su alma, sino también una promesa: «No seréis devorado [por las serpientes] con vuestros hijos y esposas». Este era el tipo de lugar en el que Vajrabodhi podía esperar que le fuera bien.

Durante el siglo VIII, Srivijaya empezaba a eclipsar al otrora poderoso puerto de Funan, en el delta del Mekong, como principal potencia del sudeste asiático y se había convertido en una importante fuente de perfumes, especias, resina y otros productos exóticos tanto para la corte de los pallava como para la de los Tang. La rica capital Srivijaya –Palembang, la Venecia de Sumatra– era ya el punto de parada preferido por los viajeros que se desplazaban entre ambas. Yi Ching, el monje favorito de la emperatriz Wu Zetian, eligió este lugar para establecerse durante varios meses en su camino de regreso a China después de sus estudios en Nalanda. En sus memorias aconsejaba a sus lectores monásticos que si deseaban estudiar sánscrito o la última teología budista ya no era necesario que hicieran la larga peregrinación a los principales lugares indios: los numerosos y sofisticados monasterios budistas de Srivijaya, a un corto viaje a través del mar de la China meridional, servirían igualmente. «Aquí hay más de mil monjes cuyo espíritu se

vuelca exclusivamente en el estudio y las buenas acciones –escribió–. Profundizan en todas las materias posibles, como en la India. Las reglas y ceremonias son idénticas. Si un monje chino quiere viajar a la India para escuchar y leer las leyes budistas, debe permanecer en Fo-che [Palembang] uno o dos años para aprender a comportarse adecuadamente. Entonces podrá continuar su viaje a la India».

Templo de la Orilla, situado en el puerto pallava de Mahabalipuram.



CAPÍTULO 8

«AQUEL QUE ESTÁ PROTEGIDO POR EL SOL»

El ascenso de los aliados jemeres de los chola culminaría un siglo después con la construcción del mayor y más grandioso santuario hindú del planeta en Angkor Wat, donde el templo ocupa el solo más de 200 hectáreas. Más allá se extiende un complejo palaciego, lagos de recreo y los distintos barrios de la capital jemer, tan vastos que incluso pueden verse desde el espacio. Se trata de una ciudad-templo basada casi por completo en formas arquitectónicas originarias de la India, cuyos logros surgen de la inspiración religiosa, tecnológica, literaria y artística india. Pero, a pesar de ello, nunca fue una ciudad india. Sí es, en cambio, la máxima expresión de cómo los jemeres absorbieron la cultura índica y hasta qué punto la hicieron suya. Ya lo dijo Rabindranath Tagore tras visitar el sudeste asiático en 1927, «en todas partes podía ver la India, y sin embargo no la reconocía».

De hecho, por aquella época no existía en la India –el centro del universo hindú al que los jemeres miraban como una tierra santa– nada que tuviera el tamaño de Angkor Wat. Este lugar es casi contemporáneo de los grandes templos chola del sur de la India, Thanjavur y Chidambaram, y los jemeres y los chola, las dos grandes potencias del mundo Índico, eran firmes aliados y mantenían un estrecho diálogo diplomático. Sin embargo, aunque es cierto que los templos chola más grandes quintuplican el tamaño de sus precedentes indios, las construcciones jemeres empujaban varias veces a sus equivalentes de la misma época en el subcontinente. Por tanto, Angkor no es solo el más espectacular de todos los templos indios, sino la mayor estructura religiosa erigida en el mundo antiguo o medieval.

Su constructor fue el más grande de todos los gobernantes del sudeste asiático, el rajá Suryavarman II (El que está protegido por el Sol), que fue ungido rey en 1113 por el venerable brahmín Divakara Pandita y realizó sacrificios a los espíritus de los antepasados. Entre los regalos figuraban

«dos abanicos de plumas de pavo real con mangos dorados, cuatro parasoles blancos, abalorios para las orejas y cuencos dorados, trabajadores, elefantes y ganado sagrado de color marrón».

Suryavarman había tenido que luchar para llegar al trono y masacrar a la mitad de sus parientes en su camino hacia el poder («siendo todavía muy joven, al final de sus estudios»). También hubo de hacer campaña contra los grandes rivales de los jemeres, los cham vietnamitas y los reyes de Dai Viet. En esos tronos instaló a su cuñado, y así dio origen al mayor imperio de la historia del sudeste asiático. El Imperio jemer, que se extendía por toda la región, controlaba, con mayor o menor autoridad, las actuales Camboya, Vietnam, Tailandia y Laos. Era la hiperpotencia indiscutible en torno al golfo de Tailandia y en todo el sudeste asiático continental.

Una vez derrotados sus diferentes enemigos, fueran estos internos o externos, Suryavarman comenzó a planificar el complejo de edificios que lo harían inmortal. Como resultado, las obras de Angkor Wat dieron comienzo en 1122. La estatua central, dedicada a Vishnu en lugar de a Shiva –algo realmente inusual–, se consagró en julio de 1131, coincidiendo con el trigésimo tercer cumpleaños de Suryavarman. El complejo no se terminaría hasta después de la muerte del gobernante, acaecida en 1150, y llevó tres décadas de duro trabajo. Únicamente el foso implicó a cinco mil hombres excavando durante diez años, mientras que el templo de su interior contiene más piedra que la mayor pirámide egipcia. Sin embargo, no se utilizó ninguna argamasa –las piedras se unieron mediante juntas y espigas, no con mortero de cal– y casi cada centímetro fue tallado *in situ* por canteros dotados de gran habilidad e imaginación. Con todo, este vasto proyecto se completó en solo treinta y dos años, bastante menos del tiempo empleado en construir las catedrales –mucho más pequeñas– de la Europa medieval.

El poderoso quince de torres de Angkor Wat es el centro de un complejo tan vasto que puede verse desde el espacio. El foso fue excavado por 5000 hombres durante diez años y ocupa una superficie cuatro veces mayor que la Ciudad del Vaticano. El templo, construido con más piedra que la mayor pirámide egipcia, no es solo el mayor de todos los templos hinduistas, sino la estructura religiosa más espectacular del mundo.



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 9

EL TESORO DE LOS LIBROS DE LA SABIDURÍA

En el invierno del 773, una delegación del rajá de Sind llegó a la recién construida ciudad de Bagdad.

La gran urbe circular –capital del joven califato abasí y centro del mundo islámico– contaba apenas nueve años y, sin embargo, era ya una de las mayores aglomeraciones del planeta. Su población, más de medio millón de personas, constituía un crisol cosmopolita integrado no solo por diversas tribus árabes, sino también por gentes persas, túrquicas, africanas, armenias, indias, judías, sirias, eslavas y griegas bizantinas. Aquello formaba un espectáculo magnífico que deslumbraba a los viajeros con sus nuevos y grandiosos palacios, mezquitas, colegios, bibliotecas y jardines de recreo, todos los cuales se extendían varios kilómetros a lo largo de las fértiles orillas del Tigris.

La corte sindi que había enviado la embajada tenía buenas razones para mantener relaciones amistosas con el califa Mansur, cuyos dominios se extendían, por el oeste, hasta la costa de Túnez, y por el norte hasta las fronteras de la China de los Tang. Los contornos de aquel imperio habían empezado a perfilarse siglo y medio antes, cuando, en respuesta al mensaje del profeta Mahoma, surgieron de la región del Hiyaz los primeros ejércitos árabes del islam. Esas milicias no solo fueron capaces de acabar con el Imperio persa sasánida –por muy glorioso

que fuera su pasado–, sino también con la mitad oriental del Imperio bizantino cristiano, tomando bajo su control gran parte de las tierras más ricas entre las cordilleras de los Pirineos y el Karakórum. La frontera con China, sin embargo, mucho más reciente, había quedado fijada apenas veintidós años antes tras la sangrienta derrota, en la batalla del río Talas (751), que los árabes infligieron a las nutridas tropas de la China Tang. El Indo, ahora frontera con el mosaico de cortes hindúes situadas al este, resultaba fácilmente vadeable en la estación seca, y los sindis no deseaban provocar ofensa alguna, ni tampoco dar excusa, que pudiera impulsar a los ejércitos abasíes a cruzar el río e invadir su reino.

De ahí que la delegación llegase cargada de ricos presentes. Pero había un regalo particularmente esperado; de hecho, había sido solicitado de forma expresa nada menos que por el gran visir, el cual había enviado emisarios a buscarlo. No eran joyas, ni oro, ni mangos ni especias, ni tampoco tejidos de algodón afiligranados, ni ninguno de los otros célebres productos de Sind. Se trataba de un manuscrito. Y, junto con ese texto, llegó un grupo de astrólogos y sabios brahmines de la ciudad india de Ujjain especialmente elegidos para glosar su contenido. Uno de ellos, llamado Kanika (el Indio), se convirtió en una figura célebre en las historias de la astronomía islámica. El manuscrito, que los árabes llamaron *el Gran Sindhind*, era en cierto modo un regalo sorprendente, ya que se trataba en esencia de un libro de teoría matemática compleja. Contenía una serie de ideas innovadoras sobre ciencia, astronomía, astrología y matemáticas, pero –como era habitual entonces en la India con ese tipo de textos– estaba escrito en forma de poema, en sánscrito rimado. Ello facilitaba su memorización, pero el verso sánscrito, conciso, denso y difícil, no hacía sino incrementar la dificultad para los estudiantes que intentaban entender sus conceptos. Por eso los versos solían ir acompañados de voluminosas anotaciones explicativas en prosa. En este caso, sin embargo, Kanika y sus brahmines habían venido a proporcionar el comentario en persona.

No nos ha llegado el texto de aquella edición del *Sindhind*; todo lo que existe en la actualidad son versiones manuscritas bastante posteriores y posiblemente muy diferentes. Por tanto, la forma original no está del todo clara. Pero según el relato del geógrafo árabe al-Masudi, del siglo X, contenía todo cuanto los hindúes sabían de las esferas y las estrellas. Se trataba de una recopilación de importantes textos científicos y, en consecuencia, en una época en la que tales conocimientos se encontraban dispersos y fragmentados, un regalo de incalculable valor.



La principal contribución de al-Juarismi fue combinar las teorías de Euclides con las matemáticas indias. La claridad de sus escritos y la sencillez con la que lograba explicar ideas complejas inspiraron a generaciones de matemáticos posteriores y dieron origen a un rápido desarrollo del álgebra, la geometría y la trigonometría en todo el mundo islámico. Innovaciones indias como las ecuaciones lineales y cuadráticas, las soluciones geométricas, las tablas de senos, tangentes y cotangentes se volvieron de pronto accesibles para todos. Y, lo que es más importante, enseñó a los árabes la importancia del concepto indio del cero.

CAPÍTULO 10

LOS FRUTOS DE LA CIENCIA DE LOS NÚMEROS

Cuando, allá por 1120, Adelardo de Bath se sentaba en Wells a traducir del árabe al latín los libros de astronomía de al-Juarismi y sus cartas estelares indias, seguía empleando como meridiano la longitud de un lugar al que llama «Arin». Este lugar no era otro que la capital cultural de la dinastía gupta, Ujjain, en el estado indio de Madhya Pradesh. Fue aquí donde Brahmagupta tomó –durante el siglo VII, quinientos años antes, en el apogeo de la era india del saber astronómico– las lecturas originales.

El fenómeno que tuvo lugar en los territorios fronterizos hispanos durante el cambio de milenio, aunque a veces olvidado, resultó crucial en el desarrollo de la civilización occidental: este no fue otro que el renacimiento del saber europeo medieval mediante una transfusión masiva de erudición procedente del mundo indoislámico en una labor combinada de eruditos musulmanes, judíos y cristianos. La relevancia de este momento –que revolucionó la Europa medieval y contribuyó al nacimiento de una renovada cultura científica en Occidente– es incalculable.

La poesía romance del sur del Mediterráneo, en particular las composiciones trovadorescas patrocinadas por los reyes de Toledo, estuvo muy influida por los cantos y la poesía hispanoárabes y, de hecho, por la densidad del abono cultural que suministraba al-Ándalus, con sus cientos de leyendas, cuentos, proverbios, anécdotas suffies e historias de sabiduría en árabe. Hay razones para considerar que incluso algunos aspectos de la *Divina comedia* de Dante llevan la impronta de estos relatos islámicos, como el del viaje nocturno de Mahoma y un cuento andalusí llamado *El baño de Zariieb*.

Fue también en esta época cuando el juego indio del ajedrez –la guerra reducida a un juego de mesa– cruzó las fronteras del mundo árabe-islámico y llegó a la cultura cortesana de la Europa mediterránea, donde se convirtió rápidamente en el pasatiempo de salón favorito de la nobleza. No es casualidad que *El libro del ajedrez*, la primera guía

El ajedrez y las matemáticas, ambos originarios de la India, arraigaron por primera vez en Europa en la ciudad española de Toledo. Allí, durante el siglo X floreció el que con toda probabilidad era el centro de aprendizaje más avanzado del continente.

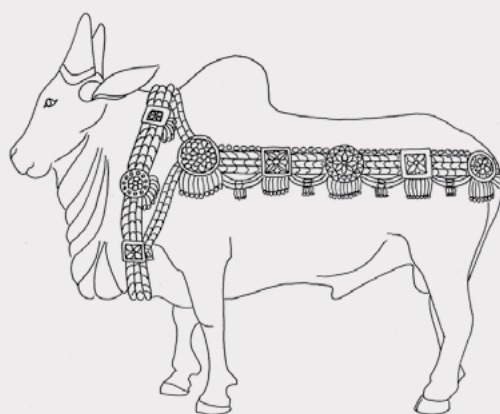
sobre el arte de este juego escrita en Europa occidental, fuera compuesta en Toledo durante el reinado de Alfonso X el Sabio, y que contenga imágenes de ajedrecistas enzarzados en plena contienda. Y, de paso, nos revela, como por casualidad, el asombroso multiculturalismo de la ciudad en aquella época: entre los jugadores representados aparecen musulmanes, cristianos y judíos; caucásicos, indios y *moros* de turbante blanco y tez oscura; hombres y mujeres; aristócratas y sacerdotes, músicos y cetreros. E incluso bailarinas.

Es muy probable que determinados elementos básicos de la civilización occidental llegaran a Europa a través de la España islámica, como son el papel, el amor cortés, la caballería, el álgebra, la pólvora, la imprenta o el ábaco, mientras que el arco apuntado y la medicina greco-indo-árabe (o *unani*, del término árabe para expresar «griego/jónico») lo hicieron a través de la gran escuela médica de Salerno. Mientras tanto, en Sicilia, los testigos presenciales, tanto los cristianos como los musulmanes se mostraban asombrados por cómo los reyes normandos de Sicilia mantenían una corte cristiana profundamente influenciada por las costumbres islámicas. Un musulmán español que naufragó en la costa siciliana en el siglo XII, Ibn Yubayr de Granada, dejó una descripción de lo que él consideraba una corte seductoramente cosmopolita, un lugar donde los musulmanes interactuaban a diario con cristianos y judíos en todos los niveles. Escribió:

El rey tiene muchos médicos y astrólogos musulmanes, a quienes aprecia y cuida en extremo, hasta el punto de que cuando se entera de que un médico o astrólogo musulmán se encuentra de viaje por sus dominios, le concede un sustento tan fastuoso que le hace olvidarse de su hogar.

Al sumergirse en los placeres de la tierra, en la formación de leyes, en el establecimiento de procedimientos y en la majestuosidad de su reino, se asemeja a los gobernantes musulmanes.





Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

